

Centro Descartes – Lecturas Críticas

Tributo a Freud

Hilda Doolittle

*Oh, él era bello
aun cuando aplastaba las palabras
contra los dientes,
él dijo,
“pronto estaré muerto
debo aprender de los jóvenes”
(El maestro. H.D.)*

Hilda Doolittle (conocida como H.D. por como firmaba sus obras) fue una reconocida escritora del siglo XX, prolífica y galardonada, conformó el grupo literario de D.H. Lawrence, tradujo a los clásicos griegos, practicaba el amor libre y fue una importante figura de la bohemia londinense.

En los años 1933 y 1934 se analizó con Sigmund Freud, a quien llamaba *El Profesor*. De sus anotaciones y recuerdos surge el primer testimonio de un análisis en ser publicado bajo la forma de este libro titulado *Tributo a Freud*. El sello editorial *Las Furias* relanzó esta joya literaria, promocionándolo como la celebración de un encuentro.

Al sumergirnos en la lectura no nos encontraremos con un relato lineal, de formato tradicional, ajustado a secuencias históricas de los hechos; sino con impresiones que hacen su propia serie. No hay un tiempo cronológico. El relato es al modo del descubrimiento del Profesor, al que dedicó toda su vida de trabajo: el jeroglífico del inconsciente. Una invitación a la atmósfera del análisis, regido por la deriva asociativa, con la exquisitez de las figuras y los escenarios relatados con minuciosos detalles desde la voz de H.D., poseedora de un vasto conocimiento en arte.

Una detallada descripción de la práctica del psicoanálisis en el momento de su invención, en primera persona con su creador. Es el testimonio de un encuentro entre dos mundos: el de una poeta exitosa, transgresora, en la mitad de su vida, creyendo que debe “renacer o quebrarse por completo”, con un Freud mayor, en sus últimos años, ya considerado inmortal por la envergadura de su obra.

Los eventos de la época se encuentran vivamente presentes: la amenaza del nazismo y la proximidad de una segunda guerra mundial se muestran sin demasiados velos. H.D. inicia su tratamiento con el propósito de “fortalecerse” y “equiparse” psíquicamente para enfrentar los horrores que se avecinaban, ya que

las cicatrices y la conmoción personal vivida durante la primera guerra seguían afectándola profundamente.

Las señales del terror aparecen en Viena, sutiles y terroríficas: coquetas lluvias de esvásticas en papel dorado (que nadie recoge), cayendo del cielo, esvásticas de tiza en los suelos (que tampoco nadie borró), marcando las calles, señalando Bergasse 19 y tantas otras puertas. Freud dando una firme indicación: “Por favor nunca –quiero decir realmente nunca-, en ningún momento, bajo ninguna circunstancia, se esfuerce por defenderme si alguna vez oye opiniones ofensivas contra mí o contra mi obra: sólo logrará que se profundice el odio, el miedo o el prejuicio.”

La transferencia ocupa un lugar de privilegio en el relato: el sutil entramado trazado por la autora permite ubicar a lo largo de las páginas la presencia del fuerte lazo transferencial. Por momentos se siente tratada como un par intelectual por Freud: anhela ser única para él. Le brinda ofrendas de amor: gardenias -su flor favorita-, por su cumpleaños. Temiendo por la vida de su maestro, fantasea con aquello que realmente anhela donarle: el prolongamiento de su existencia, poder intercambiar los “relojes de arena”, para así ser la única con el don de alargarle la vida al profesor, cediéndole los años que a ella le quedan por delante. Siente celos de la Princesa (Marie Bonaparte) y se enoja con Yofi (la perra), si supone que recibe más atención que la destinada a su relato. Busca su aprobación, con matices ambivalentes en los que se encuentra repitiendo: “El profesor no siempre tenía razón”, al mismo tiempo que reconoce el privilegio que nunca siquiera imaginó: trabajar con el mismísimo Sigmund Freud.

Una pregunta se abre paso entre ellos: la incertidumbre sobre el porvenir. Una tarde en que la escritora fue la única de los analizantes en acudir a la cita, Freud expresa una preocupación: “¿Qué será de mis nietos?”. Hilda supone que esa idea de vida eterna se ajusta a la vieja tradición judía, que la inmortalidad se traduciría en términos de nietos, ya que el querido profesor viviría en ellos para siempre, como Abraham, Isaac y Jacob, multiplicado como las arenas del mar en los hijos de sus hijos; pero también viviría en sus libros y las generaciones futuras seguirían guardando gratitud por su palabra escrita: su trabajo lo sobreviviría. Ella lo consideraba ya incluido en la categoría de los dioses y por añadidura, inmortal. Ambos era personajes principales de la íntima escena desarrollada en ese momento. Para H.D. Freud representaba dos papeles: el de Hércules luchando contra la muerte y a la vez el del amado próximo a morir. Su pluma reconstruye la experiencia vivida en esos encuentros, armando sutilmente la maqueta, contando cómo se mostraba el padre del psicoanálisis en sus últimos años de vida. Un Freud que no cesa en la insistencia reiterada de que desista de “prepararse” para las sesiones, desalentando que tome notas, aunque ella se siente compelida a hacerlo. Descubre a posteriori que nunca se sabe verdaderamente hasta el final de un análisis qué es lo importante y qué no lo es.

En el apéndice de este homenaje se incluyen nueve cartas que Freud escribe de puño y letra, tanto en inglés como en alemán en las versiones originales. Una nota del editor de la edición inglesa explica por qué consideró necesario publicarlas, explicitando que las mismas no se muestran a modo de un testimonio, sino como prueba de “esa calidez amistosa que Freud guardaba por el espíritu creativo”. Los herederos del profesor no sólo dieron su consentimiento, sino que fueron quienes realizaron la selección. En las misivas Freud hace explícita referencia tanto a los tiempos crueles como al futuro desastroso, expresa lo desagradable de partir al exilio a los setenta y ocho años. Hace referencia a la certeza de saber que ya ha cumplido su tiempo y que considera su presente como un regalo inesperado. También muestra optimismo, deteniéndose en las bondades de la vida. Valoriza el amor y escribe: “lo que usted me dio no era alabanza sino afecto y no necesito avergonzarme de mi satisfacción”. Se observa una exaltación de la vida, lo hermoso, la primavera y el amor en contraposición a las dificultades y horrores de aquel presente.

Así como H.D. no puede no tomar notas de la experiencia de su análisis, porque eso es lo que hace: ella escribe, realiza una doble ofrenda con este testimonio que es un tributo y al mismo tiempo un regalo para todos aquéllos devenidos lectores. Muestra a lo largo del libro algunas grandes verdades descubiertas en su propia experiencia, como lo dice en el poema ya citado en el epígrafe: “Era hermoso el viejo/ yo lo sabía sabio/ y encontré verdades sin medida/ en sus palabras/ su mandato fue definitivo.” La poeta nos comparte el valioso intercambio de aquellos tiempos, afirmando la posición de quien dedicara toda su vida al psicoanálisis. “El profesor me dijo que si él viviera otros cincuenta años, continuaría fascinado y curioso por las divagaciones y por las variaciones del alma o de la mente humana.”

Por último, en su artículo “Por qué la guerra” Freud concluye que “todo lo que promueva el desarrollo de la cultura, trabaja también contra la guerra”. En todo el relato de H.D. encontramos detalles que dan cuenta de la posición de ambos protagonistas y al mismo tiempo la belleza del libro radica en la predominancia de las bellas artes y los valores culturales. Alguna vez, en otra época, Cesare Pavese dijo que “nadie puede huir de sí mismo”: no es posible dejar de hacer y defender aquello en lo que uno cree. Parafraseando a Freud en una de sus últimas cartas, sabemos que “la vida no es fácil, pero la primavera es bella.”

Pamela Morelli.